

Numerosas personas hacen de la religión su forma de vida; les da seguridad y consuelo. De atenernos exclusivamente a estos factores, se podría convenir que la religión tiene un carácter netamente positivo para los humanos.

Por desgracia, un exceso de devoción mal entendida ha conllevado guerras de religiones, a lo largo de la historia, que han causado grandes padecimientos a muchísima gente. Seguro que, por dilatada que sea nuestra vida, nunca se borrará de nuestra memoria el sufrimiento causado a neoyorquinos, madrileños y londinenses por mor del integrista religioso.

Ahora bien, si la religión supone satisfacciones a unos, pero también grandes sufrimientos a otros, ¿por qué existe, entonces?

Explicar tal paradoja es el objeto de este artículo.

## RELIGIÓN: GRAN INVENTO HUMANO

Ángel Huerta

**P**ara la mayoría de los creyentes, el sentimiento religioso es un don divino concedido a algunos seres humanos que, cumpliendo con unos preceptos dictados por Dios, les permitirá gozar en una vida ulterior. Para otros, no es más que una serie de principios morales que facilitan la convivencia. Y para muchos, ambas cosas. Como veremos a continuación la realidad desmiente tales supuestos.

En primer lugar, contradice a la razón que sea un don exclusivo de las personas —y no de todas— cuando paquidermos, cetáceos y simios —entre otros— tienen conocidos sentimientos ante la muerte. Mucho peor es excluir a otros homínidos, aunque el ADN haya probado que no sean ancestros nuestros. Sea el caso de los neandertales, cuyas creencias de ultratumba han sido ampliamente difundidas en diversos medios. Por no hablar de agnósticos y ateos, que han existido en



todas las civilizaciones, y cuyo, curiosamente, mayor porcentaje se encuentra entre las personas más cultas.

Hasta Abraham —padre de las grandes religiones monoteístas— excluye a sus antepasados del don divino de la reli-

gión verdadera, pues, como bien recoge la Biblia, era hijo de idólatras.

En definitiva, un don divino tan exclusivo, en el que ni en el mejor de los casos se comparte una única religión, es incompatible con el Dios justo y bonda-



dos, común en las religiones con mayor trascendencia.

Y todo ello, dando por supuesto que exista un principio creador, algo que la ciencia actual no necesita para explicar el origen del universo conocido, pues como expusimos en el artículo anterior «Azar: El Gran Creador», de acuerdo con Alan Guth —el primero en formular la teoría inflacionaria y posiblemente el cosmólogo más prestigioso del momento—, nuestro universo pudo salir de la nada, al ser básicamente nada, ya que la suma de materia y gravedad (son de signo opuesto) da una componente nula.

Veamos a continuación si la religión está relacionada con los principios morales o si son éstos anteriores a ella, como opinan reconocidos biólogos conductistas.

Si la religión se nutriera de principios morales, éstos serían comunes en todas

ellas, por lo que existiría gran similitud entre unas y otras. Analicemos algunas, para comprobar si se cumple tal premisa.

La mayoría de las religiones son universales, pero nos encontramos con casos como la hebrea, que está reservada para el, que sus seguidores creen pueblo elegido, lo que impide pertenecer a ella si no se tiene ascendientes judíos; algo que también ocurre con la sintoísta japonesa, que es exclusiva para el pueblo nipón. Pero ahí acaban las similitudes, pues mientras el sintoísmo permite pertenecer a otra religión (existen más de 700 sectas en Japón) en el judaísmo es impensable.

Las religiones orientales son un modelo de pacifismo y respeto por el mundo animal. Sin embargo, religiones con comportamientos antropófagos en África y Oceanía son bien conocidas, por no hablar de religiones sanguinarias como la

maya y muy especialmente la azteca, de la que se sabe de sacrificios humanos de miles de personas, en un solo acto religioso, en el que los sacerdotes devoraban el corazón y las entrañas de las víctimas, arrojando el resto del cuerpo al pueblo llano que se alimentaba de ellos, una vez condimentado con maíz. Y más aún, para los aztecas el disfrute de la vida de ultratumba no estaba relacionado con su comportamiento en ésta, sino con su estatus, excepción hecha de los que morían heroicamente en combate.

Hay también creencias sorprendentes como la de los indios bororos, habitantes de las regiones selváticas de Brasil, que se consideran descendientes de loros. Los chenchus, por ejemplo, no temen a la muerte, sino a esta vida, que es en la que se puede pecar. Sin embargo, en las Antillas el sentimiento religioso es casi inexistente. Los ejemplos son tan numerosos que no cabrían en un artículo.

Ante estas diversas formas de entender la religión, ¿cómo se puede afirmar que de ella deriven los principios morales?

Científicos como Michael Shermer alegan que la religión organizada tiene unos 6.000 años y servía para justificar al poder. Gente como Edward Wilson manifiesta que la moralidad es propia de los humanos, independientemente de que sean religiosos o no, algo que también sostiene Shermer. Después de estudiar los cerebros de personas proclives al misticismo, algunos neurólogos, como el prestigioso Michael Persinger, han deducido que el misticismo es una reacción patológica ante un estímulo religioso excesivo.

Pero, en mi opinión, ni tan siquiera es necesario acudir a estos sesudos biólogos para encontrar una explicación racional.

Todas las especies tienen unas normas de conducta que les han hecho sobrevivir como tales, pues de otra forma acaban desapareciendo, y ya aducíamos en artículos anteriores que los seres humanos somos lo que somos gracias, entre otras cosas, a nuestra sociabilidad. Por consiguiente, nuestros comportamientos sociales, que entendemos por moralidad, son consustanciales con nuestro proceso evolutivo y, por tanto, anteriores al nacimiento de la religión, si bien la gran pluralidad de las sociedades ha hecho necesario desarrollar unas normas de conducta que llamamos



ética. Con el transcurso del tiempo esas normas se han convertido en complejas leyes (tanto como la propia sociedad), que evolucionan día a día.

Una forma objetiva de medir la moralidad de una sociedad podría ser su índice de delincuencia. Y en este caso, nos llevamos grandes sorpresas, pues como bien demostró Gary Becker —premio Nobel en economía en 1992 y hoy una autoridad en la materia al aplicar sus fórmulas a la delincuencia— el delito tiene un factor principal: *probabilidad de ser capturado por severidad de la pena*, y otro secundario: *beneficio obtenido*. En definitiva, el control de la delincuencia está vinculado, por desgracia, con el gra-

do de represión y, aunque en menor medida, con las diferencias sociales.

Entonces, si tampoco se corresponden a principios morales, ¿de dónde vienen las religiones? ¿Qué tienen en común las más primitivas?

Se han publicado numerosos libros, rigurosos y objetivos, sobre la evolución de los centenares de religiones de las que se tiene constancia (recomiendo «Historia de las religiones», de Cid y Riu) y en todos ellos se conviene que el embrión de la religión proviene de la *magia* y se sustenta en el *desconocimiento* o *ignorancia*. De esa manera, aquello a lo que no se encontraba explicación, como la muerte y principalmente la enfermedad, se acha-

caba a espíritus, que podían ser malignos o benignos. En aquel entonces, posiblemente, la mejor forma de explicar lo que, para ellos, resultaba inexplicable.

El poder jerárquico tuvo bien en cuenta cuánto tenía de unificador la magia —después, religión— y de forma consciente o inconsciente lo fomentó, para crear sociedades mayores. Así, de acuerdo con los intereses de una comunidad, o los meros avatares, se fueron imponiendo diversos modelos de religión. Los pueblos guerreros optaron por creencias sanguinarias, mientras a los grandes reinados les interesaba más estabilidad con unos principios morales que mantuvieran en el poder a la casta dominante y a sus descendientes, ayudados por los brujos —después sacerdotes— estableciéndose gran connivencia, y a veces simbiosis, entre ambos estamentos.

Desde luego, este invento tenía sus ventajas. Como acabamos de decir, las comunidades podían ser cada vez más numerosas al disponer del elemento unificador de la religión y a ella se le debe agradecer traspasar la esfera familiar a la tribal, hasta lograr construir reinos e imperios, que permitían una defensa más eficaz contra otras comunidades rivales (con la ventaja añadida de que las grandes sociedades han sido los mayores sumideros de ciencia y cultura, en general). Claro que también tenía sus inconvenientes —no hay nada gratis—. Cada nueva religión, que sustituía a la anterior, tenía primero sus mártires y después sus víctimas.

Pero el hecho de que la religión no naciera de un don divino, o de unos principios morales, no nos debe hacer olvidar que muchas personas precisan de unas creencias que justifiquen su propia existencia y, por ende, la de la propia religión, motivo suficiente para que ésta deba perdurar.

¿Y a dónde nos lleva todo esto? Pues no encuentro otra conclusión que la siguiente:

*Una vez logradas sociedades democráticas, cultas y laicas en las que, aparte de la religión, existen importantes elementos de cohesión social, debemos sopesar hasta qué punto se deben permitir ciertos integristos que puedan hacer negativas las ventajas de este gran invento humano.* ●